

El fetichismo de la mercancía

Teorías Sociológicas del Estado

Nicolás Lichtmaier

nico@lichtmaier.com.ar

¿Por qué la gente no hace lo que le conviene? Podría decirse que esa es, expresada en palabras simples, una de las grandes preguntas que recorre la obra de Marx. Las primeras obras explican esto con el concepto de **ideología**, es así como en “La ideología alemana” ésta es descrita como un engaño, un velo que podría ser corrido. La pregunta se responde entonces con “porque hay algo que los mantiene engañados”, y la ideología es el interés de pocos que se disfraza del interés común. La ideología es un sueño del que se puede despertar.

Con el tiempo fue perdiendo ese optimismo inicial. En “El Capital” la pregunta es respondida de otra manera. En esta obra, Marx utiliza el concepto de *fetichismo de la mercancía* para describir un “embrujo” que rodea a los bienes producidos bajo el sistema de producción capitalista. Los productores producen en privado bienes y luego se vinculan con otros seres humanos a través de esos bienes. Según el fetichismo de la mercancía, los bienes se le aparecen al productor como una cosa, el valor de éstos preexiste. Es anterior y determinante del productor y de su proceso de producción. El productor se convierte entonces en un atributo del objeto producido, y éste último se vuelve sujeto. Y este objeto devenido “sujeto” es el que entabla relaciones “humanas” con otros objetos, al intercambiarse en el mercado¹. Este mundo “fetichizado” del capitalismo es un mundo que transforma lo cualitativo en cuantitativo, iguala todo y compara todo.

No se puede despertar del fetichismo de la mercancía, a diferencia de lo que pasaba con la ideología. Las formas de pensar signadas por este efecto no son un engaño. Marx señala que son objetivas, socialmente válidas, y que caracterizan al modo de producción. Esta operación de traslado, de comparación de trabajos humanos homogeneizados mediante la forma mercancía, no necesita que los actores participen de ella conscientemente². Žižek analiza cómo esta operación sucede fuera de la consciencia, mostrando un paralelismo entre el fetichismo de la mercancía y el funcionamiento del subconsciente descrito por Freud y Lacán. Este autor señala que la distinción que hace Marx entre forma y contenido—siendo la forma la clave para entender el mecanismo—puede compararse con la descripción que hace Freud del proceso mediante el cual se crean los sueños. En este proceso un pensamiento latente (que no es misterioso, y hasta puede ser consciente) es “arrastrado” al inconsciente. Allí se sumerge en los procesos primarios del inconsciente a los que no llega el lenguaje. Estos procesos le dan forma y, finalmente, emerge en el contenido manifiesto

1 Marx, Karl—“*El capital*”—Siglo XXI, México, 1989, p. 87

2 Al equiparar *entre sí* en el cambio *como valores* sus *productos* heterogéneos, equiparan recíprocamente sus diversos trabajos como trabajo humano. No lo saben, pero lo *hacen*. — Marx, Karl—“*El capital*”—Siglo XXI, México, 1989, p. 90

del sueño³. En esta tríada, ni el contenido del sueño ni el pensamiento latente son los interesantes. Lo interesante es por qué ese pensamiento latente adoptó esa determinada forma, porque ahí aparece la huella dejada por esos procesos primarios del inconsciente. Los economistas liberales clásicos—con los que Marx dialoga en *El Capital*—intentan develar el secreto buceando en lo que sería el “pensamiento latente” de la economía: el valor. Estos economistas intentan develar el origen de él, y habían desarrollado varios conceptos y teorías tendientes a ese fin. Habían descubierto que había una relación entre el valor y el trabajo contenido en la mercancía, pero aún no podían desentrañar el misterio, por ejemplo, del origen de la ganancia capitalista. Marx dice que ellos llegan a un valor que es para ellos un jeroglífico, un significante arbitrario que no pueden interpretar.

Marx señala que esto es así porque el misterio a develar no es el secreto del origen del valor, sino la forma que ese valor toma. Así como en el caso del inconsciente, hay un núcleo duro, el deseo, en el caso de la mercancía, el núcleo oculto son las relaciones de dominación. En un fósil no importa tanto analizar la materia calcárea de la que está hecho, sino la forma en la que éste fue moldeado por un ser que ya no está en el fósil. De la misma manera, el análisis de cómo se genera el valor a partir de trabajo humano, no revela el secreto del sistema. Este secreto aparece en la forma que adopta ese valor, en por qué esa forma y no otras. Los economistas clásicos dan por sentado, y por lo tanto detienen su análisis en lo que a ellos les aparece como un jeroglífico.

Los economistas liberales cristalizaron esas asunciones, deshistorizándolas, al asumir una determinada naturaleza humana. Para ejemplificarla habían ejemplificado con Robinson Crusoe. La operación que habían hecho es la de trasplantar a su isla nociones, que en realidad son relaciones sociales. Para los economistas liberales—hasta hoy—si Robinson Crusoe prepara un palo para acceder fácilmente a frutos, lo que está haciendo es generando capital⁴. Marx señala, en cambio, que para Robinson Crusoe no existe el capital como tal. Para él todo es mayor o menor cantidad de trabajo humano⁵. Y para él, los productos de su trabajo son sólo valores de uso.

¿Es solamente que Robinson está solo? ¿Debe aparecer sí o sí el capital si hay sociedad? No para Marx, que ejemplifica con una sociedad en la que se le pagase a cada productor de acuerdo a las horas insumidas en la producción. Y también ejemplifica relatando cómo eran las cosas en el

3 Žižek, Slavoj—“*IDEOLOGÍA – Un mapa de la cuestión*”—Fondo de Cultura Económica—p. 330

4 Newton Rothbard, Murray—“*Man, Economy, and State with Power and Market: Government and Economy*”—Ludwig von Mises Institute, 2004—p. 50

5 Marx, Karl—op. cit.—p. 94

mundo medieval. En este mundo, el productor sabía que su producto significaba horas de su trabajo. Si tenía que entregarlo a un noble o clérigo, le era claro que esto era en virtud de una relación de dominación. Le era claro al campesino que esta relación jerárquica se hallaba por completo fuera de “lo económico”. Desde nuestra visión moderna (distorsionada por el fetichismo) se nos aparece inmediatamente injusta esta entrega. Sin embargo, cuando un obrero trabaja y recibe un sueldo que remunera su fuerza de trabajo, no vemos tan fácilmente la relación de dominación. El “sueldo justo” encubre las relaciones de dominación que se harían en la existencia de ese “trabajo no pago”, descripto por la economía marxista.

El fetichismo de la mercancía también modela nuestra sociedad para realizar este ocultamiento. El estado mismo es resultado de un proceso de fetichización. La manera en que lo pensamos como un sujeto independiente, que crece, decide, controla, articula⁶. Se nos aparece ya formado, preexistente a nosotros, y nos forma. Lechner analiza esto acudiendo a las referencias que hace Marx respecto a la religión. Para Marx, la religión propia del capitalismo es el cristianismo, porque forma a un hombre abstracto y universal⁷. Un hombre liberado de relaciones sociales, a diferencia de las religiones que particularizan al hombre, produciéndolo como un miembro de un pueblo. En el cristianismo no es la sociedad—las relaciones sociales—la que constituye al hombre. El hombre es preconstituído por Dios. La religión cristiana y su universalismo entregan un hombre abstracto. El capitalismo necesita, justamente, hombres abstractos que trabajen y produzcan bienes que sean todos intercambiables entre sí, es decir, cuyo trabajo también se vea abstraído. Lechner pasa luego a aplicar esta analogía con el estado (haciendo una analogía ya presente en obras de Marx). El estado, entonces, efectúa la misma operación, produciendo los hombres libres, iguales (y abstractos) que el capitalismo necesita⁸.

Pero así como el conocimiento del fetichismo no lo elimina, la denuncia del estado y de cómo es éste una condensación de relaciones sociales, no hace posible pensar una sociedad sin estado. Para Lechner siempre será necesario un estado en una sociedad dividida, para que esta sociedad se vea a sí misma y pueda constituirse como una unidad.

Incluso corriendo todo velo, el fetichismo persistiría, y seguiría operando. El productor “sabe pero hace”. Žižek entonces argumenta que el cinismo es la clave para entender el funcionamiento

6 Lechner, Norbert—“*Aparato de estado y forma de estado*” en apunte de la materia—p.68

7 Marx, Karl—op. cit.—p. 96

8 Lechner, Norbert—op. cit.—p. 54

del fetichismo. Lejos de ser rebelde, se convierte en “parte del juego”⁹ y la ideología toma distancia de la práctica. Si le damos importancia a la ideología para analizar la sociedad, según este autor, terminamos pensando que vivimos en una sociedad “posideológica”. En cambio, él propone que el cinismo mismo es realmente la “ideología” a analizar. Lechner va más allá, porque parece ver en el fetichismo algo inherente no sólo al modo de producción capitalista, sino a la constitución de sociedades en las que la diversificación de la producción obliga a intercambiar productos.

9 Ibid, p. 345